

SUPERSTICIÓN POPULAR Y TRAGEDIA EN «EL BRAZO MARCHITO»

M^a Mercedes CARIDAD BARREIRO

Universidade da Coruña

RESUMEN

En “El brazo marchito” (Wessex Tales, 1888), el escritor inglés Thomas Hardy combina aspectos de la tragedia clásica y de la superstición popular vigente en su época para construir una historia de amores rotos, envidias y fatalidad.

Sueños premonitorios, extrañas marcas en la piel, conjuros supuestamente milagrosos y fragmentos de cuerdas de ahorcado son algunos de los elementos que permanecían vivos en el folklore popular del Dorset natal de Hardy y que entrelazan las vidas de Gertrude y Rhoda, protagonistas del relato, conduciéndolas a un destino inexorable.

Como es habitual en la obra de Hardy, en esta inquietante narración de tintes góticos todos los personajes están marcados por sus pasiones y circunstancias personales. Por sus características y evolución, Gertrude en concreto cuenta con numerosos puntos en común con las heroínas trágicas: aparentemente virtuosas, y partiendo de una situación privilegiada, un punto débil en su carácter o hamartia las empuja a cometer un grave error de juicio que determina su fatal desenlace, tras pasar por el consabido proceso de anagnórisis final.

Del mismo modo, al igual que le ocurría al espectador de las tragedias griegas, la fatalidad de la protagonista lleva al lector de la obra de Hardy a reflexionar sobre la fragilidad humana y el papel de la virtud en nuestras vidas.

Palabras clave: Relato corto, Thomas Hardy, tragedia .

ARTÍCULO

La visión pesimista y dramática de la existencia humana que muestra la obra del gran escritor inglés Thomas Hardy (1840-1928) aparece vinculada en muchas de sus creaciones al mundo de las creencias populares y la superstición. Un buen ejemplo es el caso de “El brazo marchito”, uno de los relatos cortos que componen su *Wessex Tales*¹ de 1888, donde el autor nos ofrece elementos evocadores de la tragedia clásica para introducirnos en uno de los aspectos más oscuros del folklore popular de su época: la creencia en la brujería y en los fenómenos sobrenaturales.

La convicción de que existen fuerzas que exceden los términos de la naturaleza ha sido una constante en las culturas humanas, probablemente desde el momento en que el hombre tomó conciencia de sí mismo y de su mortalidad. El deseo de interacción con el más allá y la necesidad de explicar o controlar de algún modo el destino propio y ajeno ocasionó la creencia en señales y presagios, favoreciendo la aparición de prácticas como la elaboración de pócimas y conjuros destinados a curar dolencias, beneficiar o perjudicar a ciertas personas o propiciar o evitar determinados acontecimientos. Así, por ejemplo, los antiguos egipcios, griegos y macedonios utilizaban ya hechizos para debilitar a sus enemigos o para librarse de personas no deseadas en triángulos amorosos. Esta tradición, que se resiste a desaparecer incluso en nuestro mundo de hoy en día, continuó durante la Edad Media, cuando echar el mal de ojo era algo habitual (Fernández Vallina, 2000: 61). De igual manera permaneció viva en los tiempos de Hardy, que en relatos como “El brazo marchito” demuestra ser un gran conocedor de las supersticiones existentes en Dorset (Brady, 1982: 23). Como apunta Manuel Rodríguez (2003: 8), educarse en Dorset le permitió al autor familiarizarse con las historias de los campesinos y absorber las leyendas y los mitos populares de la zona, que luego llevaría a sus obras.

¹ *Cuentos de Wessex*. Wessex es la representación ficcional de Dorset, que Hardy utilizó en muchas de sus novelas y relatos.

En “El brazo marchito”, tragedia y superstición rodean a los personajes principales ya desde el comienzo, entrelazando sus vidas de forma misteriosa e inexorable. La trama se desenvuelve en torno a Rhoda, que se gana la vida en una vaquería, y Gertrude, la joven esposa del próspero granjero Lodge. Rhoda, ex-amante del granjero y madre de su único hijo, siente una mezcla de curiosidad y celos hacia su rival, de la que se ha creado una imagen nítida gracias a las descripciones que le proporciona su vástago. Una noche cree sentir la presencia de Gertrude que se le aparece, como una anciana de “facciones espantosamente desencajadas”, sobre su cama (Hardy, 1981: 19). Como si de un *íncubo*² se tratase, la aparición se coloca sobre su pecho, oprimiéndolo, al tiempo que le muestra el flamante anillo de casada que luce en su mano izquierda. Ahogada por la presión, Rhoda lucha hasta conseguir librarse del espectro, agarrándolo fuertemente por el brazo y tirándolo al suelo. Lo vívido de la experiencia le lleva al convencimiento de que no ha sido tan sólo un sueño. Al cabo de un tiempo descubre que aquella misma noche, exactamente a aquella misma hora, Gertrude se había despertado sintiendo un gran dolor en el brazo izquierdo, marcado desde entonces con unas extrañas manchas similares a huellas digitales. La primera reacción de Rhoda es preguntarse si podría haber sido ella la causante, aún sin haberlo deseado conscientemente, del mal de Gertrude. Empieza entonces a considerar la posibilidad de que las malas lenguas que la habían tachado de bruja en el pueblo llevaran razón. Su sentimiento de culpabilidad se incrementa a medida que va descubriendo rasgos positivos en el carácter de su rival, por la que incluso llega a sentir “algo muy parecido al afecto” (Hardy, 1981: 22).

Así, paulatinamente, su convicción de “haber cometido un acto de malignidad” va tomando “más y más cuerpo, a pesar de su gran

² Demonio masculino, según la superstición popular medieval. En la narración se utiliza el término *íncubo* para referirse a la aparición, pese a tratarse de una mujer. Tanto el *íncubo* como el *súcubo*, su versión femenina, se presentarían supuestamente a sus víctimas del sexo opuesto en sueños para tener relaciones sexuales con ellas y captar así su energía. Como resultado, algunas de estas víctimas quedarían debilitadas o moribundas. Dejando aparte el carácter homosexual de su encuentro, es significativo que no sea Rhoda la que se debilita, tras aparecérselle Gertrude en sueños, sino al contrario. Esto sería una indicación temprana del supuesto poder sobrenatural de Rhoda.

empeño en fingir ante sí misma que todo aquello” no es más que “una superstición ridícula” (Hardy, 1981: 23).

El marido de Gertrude comparte este respeto por las prácticas supersticiosas. Aunque finge despreciarlas, criticando la utilización por parte de su esposa de “mejunjes de boticario y pócimas de bruja” para intentar curar su dolencia, la narración deja claro que este personaje no está en absoluto libre de la influencia de estas creencias y que “en el fondo” está de acuerdo con “algunas de ellas” (Hardy, 1981: 28, 31). Así lo indica el hecho de que, al observar las marcas “de color mortecino” en el brazo de su mujer, no duda en comentar que pareciera “como si una bruja, o incluso el mismo diablo” la hubiese agarrado por el brazo, pudriéndole la carne³ (Hardy, 1981: 21, 23).

La opinión de Gertrude Lodge al respecto se va modificando a lo largo de la historia. Inicialmente, tal y como correspondería a toda una “señora” desconocedora de la vida y costumbres del campo (Hardy, 1981: 17, 16) y educada, al parecer, en un ambiente más racional y científico, Gertrude muestra su falta de respeto por las curas milagrosas. Así lo demuestra cuando Rhoda le aclara que el sabio Trendle, al que le recomiendan para intentar hacer desaparecer la mancha de su brazo, no es más que un mago. Con una mezcla de incredulidad y desaprobación, Gertrude comenta: “¡Oh! ¿Cómo puede ser la gente tan supersticiosa para recomendarme ese tipo de persona? Creía que se referían a alguien de la profesión médica. No pensaré más en él” (Hardy, 1981: 24).

Con el tiempo y el desánimo, sin embargo, se produce un cambio en su actitud. A medida que su mal empeora, Gertrude se va transformando en una mujer angustiada que, como el resto de los personajes del relato, acaba refugiándose en la superstición. Desesperada ante la falta de mejora y deseando recuperar tanto la

³ Aunque la narración no especifica el color de las marcas, las referencias al aspecto putrefacto de la piel del brazo de Gertrude pudiesen estar destinadas a evocar una creencia supersticiosa según la cual la repentina aparición de manchas azules o negras en el cuerpo era síntoma claro de una muerte próxima (Mozzani, 1995: 512). De ser así, por medio de esta alusión se estaría anticipando el destino funesto de la mujer.

belleza perdida como las atenciones de su marido, Gertrude comienza primeramente por dedicar su tiempo a “hacer experimentos para curar su mal, con cualquier remedio” que le cae entre manos, incluyendo “manojos de yerbas misteriosas, elixires encantados y libros de nigromancia que en su época de colegiala habría despreciado por estúpidos” (Hardy, 1981: 28). Finalmente, decide seguir los consejos del hechicero Trendle, convencida a estas alturas de que su dolencia está realmente originada por un conjuro y de que “lo que empezó con un hechizo desaparecerá sin duda con otro hechizo” (Hardy, 1981: 30).

La idea de que algunas personas pueden causar daño a otras de manera voluntaria o involuntaria, por efecto de la envidia y utilizando simplemente la mirada como vehículo es una de las supersticiones populares más antiguas y extendidas en el mundo. En el relato de Hardy, cualquier posible duda de Gertrude sobre el papel de Rhoda como causante de su mal de ojo queda disipada gracias a la seriedad y profesionalidad transmitida por el hechicero, que la narración presenta como un hombre de poderes reconocidos. Su afirmación de que la dolencia que sufre la joven es “obra de un enemigo” y sus consideraciones sobre el problema y sus posibles soluciones, incluyendo la “regeneración de la sangre” (Hardy, 1981: 26, 30), aparecen como explicaciones racionales más que como creencias supersticiosas. Hardy continúa así en la línea establecida en su prólogo a los *Wessex Tales*, en el que expone un caso supuestamente real de regeneración de la sangre gracias al contacto con un cadáver (Page, 1996: 3). Como comenta Kristin Brady (1982: 22), el escritor presenta estos acontecimientos como no cuestionables y su relato como una historia popular considerada en el mundo rural como verídica.

La influencia de estas creencias populares en la mentalidad de Gertrude trae consigo un marcado cambio en su carácter. De ser la apocada y piadosa joven que había hecho sentir remordimientos a Rhoda por haberla, hipotéticamente, maldecido y a la que le avergonzaba el mero ruido de sus ropas rozando los bancos de la iglesia (Hardy, 1981: 18), pasa a ser una mujer crédula y calculadora que oculta a su marido su visita al hechicero y su decisión de viajar a

Casterbridge para curar su afección por medio de una práctica supersticiosa.

El macabro remedio que el mago Trendle le sugiere para eliminar la mancha de su brazo, la “regeneración de la sangre”, conlleva tocar con éste el cuello de un ahorcado⁴ (Hardy, 1981: 29). Así, tras su visita al hechicero, la idea de tener que tocar a un muerto se convierte en la mayor preocupación de la nueva Gertrude, insensibilizada por su recientemente adquirida fe en lo irracional (Hardy, 1981: 30, 32). Su desvelado egoísmo y su conversión a la superstición quedan patentes en sus rezos nocturnos, en los que ruega a Dios que ahorquen a alguien “sea culpable o inocente” (Hardy, 1981: 31). De igual manera, cuando por fin se va a cumplir su deseo, exterioriza involuntariamente su temor a que llegue un indulto desde Londres para el condenado, un muchacho acusado de incendio y aparentemente inocente (Hardy, 1981: 35). De hecho, en la versión original en inglés, la mujer utiliza el pronombre neutro “it” para referirse al chico al que, horas antes de su ejecución, sólo ve ya como un cadáver, como un objeto útil para sus fines (Hardy 1996: 68).

Irónicamente, a su llegada a la posada de White Hart el día anterior al ahorcamiento, el hostelero le había ofrecido un pedazo de la cuerda que iba a ser utilizada en el mismo, que estaba siendo confeccionada en aquel momento. Ella, no sabemos si conocedora o no de los supuestos efectos beneficiosos de dicho objeto, lo rechaza al sentir una “curiosa sensación” de que el destino del condenado a muerte está “estrechamente vinculado al suyo” (Hardy, 1981: 34). La creencia en que las cuerdas de la horca, una vez cumplida su función, proporcionaban buena suerte a quien las adquiría se mantuvo vigente en Europa hasta finales del siglo XIX. Supuestamente, actuaban como amuletos contra los hechizos y el mal de ojo, por lo que eran muy valoradas. La popularidad de la práctica de comprar fragmentos de las mismas parece confirmada por el hecho de que en los periódicos de la época aparecían anuncios con este tipo de ofertas (Mozzani, 1995:

⁴ Hardy hace aquí referencia a la superstición, existente ya desde la Edad Media, de que tocando un cadáver se podían eliminar las manchas del cuerpo (Mozzani, 1995: 279). Esta noción, que formaba parte de la tradición popular vigente en su época, serviría al autor para dar visos de verosimilitud a su relato.

1358). Esto justificaría la ausencia en la narración de explicaciones sobre la utilidad del trozo de sogá que se le ofrece a Gertrude, que se supone conocida por los lectores. Aludiendo a este fenómeno supersticioso popular, Hardy lograría un doble objetivo: conferirle verosimilitud al conjunto de los hechos narrados y cargar de ironía dramática la situación de la heroína, que no parece poder escapar a un destino trágico permanentemente ligado a la superstición. Así, movida por los mismos mecanismos irracionales que le hacen desear fervientemente la muerte del convicto, la mujer rechaza en esta ocasión otro remedio supersticioso que quizás le habría permitido librarse de su mal sin tener que tocar el cadáver ni descubrir su identidad. Aunque es posible que ni siquiera de este modo hubiese podido evitar sufrir las funestas consecuencias de haber intentado beneficiarse de la muerte de un inocente al que ella misma había ayudado en el pasado y que, como se descubre al final de la historia, no es otro que el hijo del granjero Lodge y Rhoda.

La ironía trágica del destino de Gertrude, marcado por su credulidad y su egoísmo, se siente de nuevo en su visita, la noche anterior al ahorcamiento, a la prisión donde aguarda el condenado a muerte. Con la intención de familiarizarse con el lugar donde habría de producirse su supuesta cura sobrenatural, la mujer pasa muy cerca de la celda del joven. De haber sentido lástima por él o curiosidad por conocer su identidad tal vez podría haber evitado su propio trágico destino. Sin embargo, este hecho no se produce y esta “mujer persistente”, tal como la califica el narrador (Hardy, 1981: 37), acaba finalmente cumpliendo su deseo de tocar el cuerpo sin vida del muchacho para poder beneficiarse así de la “regeneración de la sangre” anunciada por el hechicero.

El impacto de la tensión física y mental acumulada y del dramático descubrimiento de la identidad del ajusticiado, unido a la inesperada aparición de Rhoda y el granjero en el lugar de los hechos son las causas racionales por las que, según la narración, Gertrude pierde su ya “delicada vitalidad, minada *quizá*⁵ por el brazo paralizado” (Hardy, 1981: 39), y termina por morir al poco tiempo.

⁵ Mi énfasis. El narrador siembra la duda en el lector incluso cuando parece estar aportando una explicación lógica a la muerte de Gertrude.

Sin embargo, como si estos motivos no fuesen suficientes de por sí para justificar la muerte de la mujer, el narrador añade significativamente otro, que “su sangre había sido regenerada en demasía” (Hardy, 1981: 39). Ante esta ambigüedad, se podría interpretar que el objetivo del autor es sembrar la duda en aquellos lectores incrédulos ante el poder de lo extranatural. Pero es igualmente posible que el comentario sea de tipo irónico y que el desenlace de Gertrude esté destinado a conducir a la reflexión sobre las negativas consecuencias de un claro error de juicio: la fe en la superstición. En este sentido, la fatalidad de la mujer evoca la de los protagonistas de las tragedias clásicas, y “El brazo marchito” bien podría ser interpretado como una tragedia en prosa.

Como es sabido, Aristóteles estableció que el héroe trágico debía ser de alto rango y contar con nobleza y virtud innatas. Ciertamente, no hay personajes de alta alcurnia en este relato, que se acercaría más a una tragedia doméstica protagonizada por personajes de clase media y baja cuyas problemáticas son de índole personal y no elevados asuntos de estado. Es igualmente obvio que Gertrude no se ajusta al modelo masculino de lo heroico. Sin embargo, si atendemos a su evolución como personaje, sí se acerca a los estándares establecidos para los héroes trágicos en diversas facetas.

Para empezar, el narrador presenta a Gertrude desde el principio como un personaje superior física y moralmente a todos los demás. Tanto su apariencia, elegante y delicada, como su estatus social aventajan con mucho a los del resto. Esto se aprecia desde el mismo momento en que Gertrude entra en escena. Aunque tanto ella como su marido gozan de buena posición económica y son descritos en términos positivos, la diferencia de categoría entre ambos queda perfectamente contrastada ya a través de sus muy distintas descripciones físicas. Mientras que el rostro del granjero muestra “ese tono entre azul y bermejo que con frecuencia ilumina las facciones de un granjero floreciente”, el tono de la piel de ella ofrece “matices muy diferentes”, describiéndose sus mejillas como “suaves y evanescentes como la luz bajo una pila de pétalos de rosa” (Hardy, 1981: 15).

Gertrude destaca especialmente por su virtud. Se trata de una mujer por naturaleza “encantadora”, “modesta” (Hardy, 1981: 17) y

generosa. Siempre dispuesta a ayudar a las familias más pobres del lugar, le regala al hijo de Rhoda, del que desconoce aún su identidad, un par de botas nuevas y otros objetos. Incluso Rhoda, para quien Gertrude es sólo “la otra” desde el principio, la define como “dulce”, “tierna”, y “cautivadora” cuando tiene la oportunidad de conocerla en persona (Hardy, 1981: 20).

Sin embargo, como es sabido, la heroína trágica no puede ser totalmente perfecta. Para favorecer la empatía entre el personaje y el lector, debe haber siempre un cierto grado de imperfección, el consabido defecto de carácter. Es este punto débil o *hamartia* el que hace que la heroína cometa un error de juicio y, debido a su ignorancia sobre un hecho crucial de la historia, lleve a cabo una acción desastrosa. En el caso de Gertrude es tal vez la vanidad, el deseo de volver a ser bella, el defecto que la conduce a la credulidad y a la falta de compasión. Llevada por estas pasiones y desconocedora de la identidad del condenado, intenta solucionar su situación personal por medio de una práctica supersticiosa. La *hubris*, en forma de confianza excesiva en sus acciones, es la que desencadena su catastrófico final, haciéndole creer que puede controlar su propio destino.

Su castigo, como suele ocurrir en las tragedias clásicas, parece excesivo en relación al error cometido. Después de todo, la heroína es tan solo una mujer que sufre porque unas marcas inexplicables en su brazo hacen peligrar su matrimonio y que desea volver a sentirse atractiva para recuperar a un marido al que ama. Sólo cuando no ve posibilidad de cumplir este objetivo de ningún otro modo cae en los brazos de la superstición, volviéndose insensible a la desgracia ajena.

Aún así, Gertrude paga su error con la vida. Su final se produce tras haber sufrido el impacto de descubrir la identidad del muchacho y de sentir el desprecio de Rhoda y el granjero, que aparecen en escena justo en el momento en que ella lleva a cabo su conjuro. Se podría considerar este trance como su *anagnórisis* final, el momento de reconocimiento de su error.

Tras este desenlace, y como consecuencia de la observación de la caída de la heroína y del resto de los protagonistas, tiene lugar el proceso catártico a través del cual el espectador se siente liberado de

emociones como la compasión y el temor. En palabras de Brady (1982: 28), aunque el relato de Hardy representa la tragedia específica que emerge de un lugar y tiempo concretos en la historia de Wessex, la narración conduce al lector a una reflexión sobre sí mismo que trasciende estos límites espaciales y temporales. Este es precisamente el efecto de todo proceso catártico, por el cual acontecimientos meramente ficcionales provocan una vivencia personal transformadora que invita al individuo a extraer conclusiones globales sobre la experiencia humana.

En la tragedia clásica, el héroe no era el único que sufría las consecuencias de sus decisiones desafortunadas. De igual modo, en “El brazo marchito”, la desgracia no alcanza solamente a Gertrude. Tanto su marido como Rhoda, igualmente supersticiosos, reciben su castigo. El granjero, culpable del abandono total de su hijo, es el que más parece sufrir “el peso del dolor y el remordimiento” (Hardy, 1981: 39). Tras experimentar su propio proceso de anagnórisis, se convierte en un “hombre meditabundo y purificado” que elige una vida solitaria y que, a su muerte, decide destinar todas sus propiedades a la creación de un reformatorio para niños (Hardy, 1981: 39). Rhoda, a su vez, rechaza la pensión que le ofrece el granjero para continuar con una vida humilde, sombría y monótona.

En conclusión, la superstición es en esta obra de Hardy el hilo conductor de una historia trágica que, tal y como sucede en las tragedias griegas, deja abierta a múltiples interpretaciones la cuestión de si el héroe, heroína en este caso, es o no en realidad moralmente culpable. ¿Es el destino de Gertrude una maldición, una fatalidad inexorable? ¿O son, por el contrario, su vanidad y su credulidad las causantes de su desgracia? En el primer caso se estaría presentando la felicidad como algo que no depende de nosotros, independientemente de nuestras virtudes, creencias o acciones. En el segundo, se estaría relacionando la falta de virtud, aún siendo mínima, con la desdicha y el sufrimiento. ¿Cuál es entonces el mensaje implícito en “El brazo marchito”? Lo cierto es que Hardy no nos da una respuesta definitiva. Al parecer, según comenta Philip Allingham, el escritor se fue volviendo más y más supersticioso a medida que envejeció, concediéndole cada vez más credibilidad a la tradición popular fetichista de Dorset. En cualquier caso, no parece probable que el

objetivo principal del autor sea hacernos reflexionar sobre la validez de la superstición, sino sobre la fragilidad de la condición humana y el incierto papel de la virtud en nuestro empeño por lograr la felicidad.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALLINGHAM, P.V. "A review of Sven Bäckman's 'The Manners of Ghosts: A Study of the Supernatural in Thomas Hardy's Short Poems'". *The Victorian Web* (2001), Junio 2003 <www.scholars.nus.edu.sg/victorian/authors/hardy/pva211.html>
- BRADY, K. (1982). *The Short Stories of Thomas Hardy. Tales of Past and Present*. London: Macmillan.
- FERNÁNDEZ VALLINA, E. (2000). "Imágenes de supersticiones y sueños en la Edad Media". *Creencias y supersticiones en el mundo clásico y medieval*. León: Secretariado de publicaciones, 55-68.
- HARDY, T. (1981). *El brazo marchito y otros relatos de terror*. Barcelona: Fontamara.
- (1996). "The Withered Arm". *The Complete Stories*. Ed. Norman Page. London: J.M. Dent.
- MOZZANI, E. (1995). *Le livre des superstitions. Mythes, croyances et légendes*. Paris : Robert Laffont.
- PAGE, N. (1996). *Thomas Hardy. The Complete Stories*. London: J.M. Dent.
- RODRÍGUEZ RIVERO, M. (2003). Introducción. *El brazo marchito y otros relatos. Thomas Hardy*. Traducción de Javier Marías. Barcelona: Reino de Redonda.